

ENSAYO*

LA CULTURA MURCIANA EN LA ESPAÑA DE LAS AUTONOMÍAS

— Por M.^a Teresa Pérez Picazo —

Catedrática de Historia en Murcia. Especialista en Historia Económica Contemporánea, sus publicaciones más importantes son: Oligarquía urbana y campesinado en Murcia, 1875-1902 (1979) y El proceso de modernización de la región murciana S. XVI-XIX (1984), esta última con G. Lemeunier, con quien codirige la revista Area.



Al españolito que en la década de los ochenta accede a la vida cultural de nuestro país, su buena fortuna le ha deparado la posibilidad de vivir una experiencia doblemente sugestiva. Por un lado, la construcción de la democracia política y su incipiente plasmación en hábitos de vida cotidiana, síntoma de una probable evolución positiva del inconsciente colectivo de nuestras gentes. Por otro, el reconocimiento oficial —tras siglo y medio transcurrido entre el tópico y la represión— de la existencia de tradiciones socio-culturales radicalmente diversas a lo largo y ancho de la vieja piel de toro hispánica.

Como es sabido, el nacionalismo dejó de ser a fines del XIX un componente fundamental de las ideologías avanzadas europeas y pasó a serlo de las conservadoras. En el caso de la gran dere-

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa y la Literatura.

En este Boletín se inicia la publicación de una serie sobre «Cultura en las Autonomías». En números anteriores se han publicado *La cultura de Andalucía*, por Antonio Domínguez Ortiz, académico de la Historia y catedrático jubilado de instituto, y *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filología Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., de Albacete.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

cha española, la reivindicación nacionalista asumió muy tempranamente la defensa a ultranza de la «unidad de las tierras y de los hombres». Su fracaso —ahí está la serie de conflictos con catalanes y vascos protagonizados por los sucesivos gobiernos inspirados por ella— contrasta con el éxito alcanzado en la vecina Francia por la III República en su esfuerzo en pro de la homogeneización socio-política, que convirtió a los «campesinos en ciudadanos franceses» (E. Weber). El fenómeno nos revela hasta que punto el hecho diferencial era más profundo en la vertiente meridional de los Pirineos.

Es preciso recordar, en este sentido, la presencia en suelo español de una frontera invisible al sur de Madrid (coincidiendo, *grosso modo*, con el «paralelo» de Ciudad Real), que podría parangonarse con la famosa línea divisoria gala Ginebra-Saint-Malo. Las regiones situadas al sur de ese paralelo, Murcia entre ellas, muestran todavía hoy una fisonomía muy distinta de las ubicadas al norte del mismo:

a) Una menor densidad demográfica y socio-cultural (empleando el concepto en el mismo sentido que Durkheim), evidenciada en la forma asumida por el *hábitat*, en la estructura municipal y en el grado de elaboración del paisaje agrario. El primero se caracteriza por el predominio de los núcleos de población medianos o grandes y muy alejados entre sí, frente a los más pequeños, próximos y numerosos del norte. La segunda, por la reducida nómina de Ayuntamientos y sus extensos términos, mientras que en Castilla la Vieja, la cornisa cantábrica o Navarra sucede a la inversa: esta circunstancia nos recuerda, salvando las distancias, los diversos tamaños de los estados norteamericanos al este y al oeste de los Appalaches. Rasgos todos ellos fácilmente observables y cuantificables, pero de índole tan compleja que las explicaciones geoeconómicas no dan cuenta de su existencia por sí solas.

b) Un bombardeo masivo de tópicos en torno a la identidad de las poblaciones que viven en los diversos «sures», y que aluden a sus peculiaridades económicas, somáticas y psico-sociológicas (apatía, violencia primitiva, sociabilidad poco madura). Pero tal vez sea Murcia el espacio regional sobre el que la acumulación peyorativa haya sido mayor: incluso Cánovas del Castillo se sintió obligado a añadir alguna ingeniosidad al catálogo existente desde Carlos III.

Las causas de esta dicotomía, bien conocidas hoy, residen esencialmente en la forma asumida por el largo proceso recon-

quistador y repoblador, que se hizo de Norte a Sur, con la consiguiente ventaja inicial para Castilla la Vieja y Cataluña. Tal situación se mantuvo bajo la Monarquía de los Habsburgo, como observó sagazmente Domínguez Ortiz; en su seno, las regiones situadas más allá de los Montes de Toledo sufrieron una consideración semicolonial. Pues bien, aún en un contexto de este tipo, Murcia constituye un caso extremo.

Las implicaciones culturales del fenómeno son difíciles de percibir sin recordar, siquiera sea brevemente, determinados aspectos de la historia regional. En primer lugar, el vaciado humano masivo sufrido tras la Reconquista, y, en segundo, la reducción del territorio a un *status* fronterizo durante cuatro largos siglos: en el XIV-XV, frente a Granada y Aragón; en el XVI-XVII, frente a los berberiscos. Ello, unido a la peculiar idiosincrasia del modelo económico-social murciano, retrasó la repoblación y la ocupación efectiva del espacio hasta fechas muy tardías (finales del XVII-primer mitad del XIX). Sólo en Europa Occidental hallamos procesos de este tipo.

Por tanto, la evolución de la región presenta una anomalía fundamental con respecto a las de España del Norte y Europa Occidental. En ambas, con variantes locales, las curvas demográficas suben hasta comienzos del siglo XIV y después se estabilizan hasta 1800, a partir de cuya fecha vuelven a subir de nuevo. Por el contrario, Murcia conserva unas densidades bajísimas —de *frontera*, en el sentido con que Turner aplicó el término a los Estados Unidos— hasta 1700. Cuando el territorio se repueble por fin, el aumento de población seguirá un ritmo muy superior a la media europea o nacional: entre 1700 y 1980 los habitantes se multiplican por ocho.

En este sentido, parece lógico deducir que la sociedad murciana *actual* es una sociedad joven, prácticamente de la misma edad que la norteamericana. De ahí la fluidez y falta de solidez que han caracterizado hasta fechas muy tardías sus estructuras y, a la vez, la falta de «espesor» de sus tradiciones culturales: ambos aspectos sorprenden aún hoy a los especialistas de las distintas ciencias sociales y fascinan a los antropólogos (J. Frigolé).

Pero, además de joven, esta sociedad ha sido mayoritariamente rural también hasta fechas recientes. Ello se debe a que la repoblación se dirigió esencialmente hacia los campos semivacíos y sin roturar, como lo indica el estancamiento demográfico de las principales aglomeraciones hasta finales del XIX. Las masas campesinas así instaladas, debido a su procedencia variopinta y a su

crecimiento vertiginoso, carecieron de tradiciones comunes y de tiempo para sedimentar las pocas que poseían. De ahí la inexistencia de comunidades fuertes y, por ende, la falta de rigidez de sus marcos culturales y la poca solidez de las solidaridades horizontales que se establecieron.

A mayor abundamiento, la malla institucional del antiguo régimen murciano era muy laxa: escaso número de parroquias (son dignos de leer los textos de Belluga al respecto) y de Ayuntamientos rurales, salvo excepciones contadas. Murcia es aún hoy, con Cádiz, la provincia española que tiene menos. Como esta situación apenas evoluciona bajo el nuevo régimen liberal debido al triunfo del modelo municipal moderado, el campesino, que contaba con un bagaje insuficiente de tradiciones socio-culturales propias, se encontró con una notoria escasez de instancias de poder y de socialización intermedias. Tal invertebración facilitó, por un lado, la libertad de acción de las oligarquías urbanas y, por otro, colocó en una situación de dependencia a la población rural. De ahí la fuerza excepcional alcanzada por el caciquismo en el suelo murciano.

Esta caracterización a vuela pluma del proceso de formación de la sociedad murciana basta para ayudarnos a comprender las dificultades con que hubo de tropezar la asimilación de los valores ideológico-culturales del mundo contemporáneo.

En primer lugar, por la tardía cristalización de la conciencia regional. La instancia de aglutinación fundamental de los murcianos fue —y me atrevo a escribir que lo sigue siendo— la entidad local, el gran municipio, tanto más cuanto que en muchos casos abarcaba una comarca geográfica completa (Lorca, Murcia, Cartagena, Mula, Yecla-Jumilla). Dicha comarca se gobernaba desde una sola cabeza de distrito, generalmente de cierto empaque urbano, donde residía la oligarquía de propietarios, que organizaba el espacio y la vida económica en función de sus intereses. Hasta el siglo XIX, la historia se hizo a escala local y no a la regional: ahí están las obras monumentales de eruditos como Cascales, el P. Morote, Cánovas Cobeño o el canónigo Lozano. Por todo ello la capital nunca pesó en el espacio murciano como Valencia o Barcelona en los suyos respectivos.

En segundo lugar, el proceso de modernización cultural se encontró, en un contexto de estas características, con obstáculos casi insalvables: todos los indicadores lo revelan. Las tasas de analfabetismo han sido las más elevadas del país (76 por 100 en 1886, 74,8 por 100 en 1910, 66,83 por 100 en 1920, 46,3 por 100 en

1940), lo que demuestra que estamos ante una constante histórica y no un hecho coyuntural. El nivel de abstencionismo electoral puede compararse con el de Andalucía Occidental (uno de sus bastiones) hasta 1931. Incluso el índice de conflictividad siempre fue mínimo debido precisamente a la falta de cauces apropiados para afrontar colectivamente los problemas: los gobernadores civiles del XIX solían congratularse de su estancia en «esta tranquila provincia».

Esta suma de circunstancias dificulta una definición clara del hecho cultural murciano. Pero no por falta de especificidad del mismo, sino porque su peculiar ritmo cronológico ha provocado forzosamente un menor grado de cristalización de las estructuras. Para intentar dar cuenta de ella, vamos a utilizar la acepción más amplia del término cultura y de sus dos versiones, «tradicional» y «sabia». En nuestra opinión, sería necesario verificar una nueva lectura de ambas que hiciera mayor hincapié en sus interacciones que en sus caracteres contrapuestos. Es posible que un análisis flexible de este tipo nos ayude a aprehender el escurridizo fenómeno que queremos explicar.

Obviamente, la cultura popular ha sido en esta región esencialmente campesina y, como tal, integrada por una serie de asimilaciones, de maneras de vivir y de ajustes a las condiciones naturales. Dichas condiciones, durísimas en una zona subárida (menos de 250 mm. de lluvia anuales) han obligado a sus habitantes a desarrollar una original «cultura de la pobreza», cuya manifestación más interesante es la subordinación a los problemas hidráulicos. Y ello tanto en los aspectos materiales (arquitectura del agua, tipos de cultivo) como en los psico-sociológicos (medida del tiempo, formas de clientelismo o de conflictividad). Las huellas de esta cultura eran todavía perceptibles en los años 1950-1960: hasta entonces había pervivido un amplio sector del campesinado aferrado a la economía de autosubsistencia (J. Egea), que producía un poco de todo de espaldas al mercado y cocía su propio pan. Para dicho sector, la adscripción a la actividad agrícola suponía un modo de vida, no la pertenencia a una clase social.

Pero lo más importante es que casi hasta esas mismas fechas —y debido a las tasas de analfabetismo reseñadas— un porcentaje mayoritario de la población seguía transmitiendo su cultura de forma oral. El dominio sobre las técnicas de lectura y escritura y el control de la letra impresa se identificaba con la pertenencia a la clase media y alta urbana (dado el escaso desarrollo

de ésta hasta finales del XIX, la tirada de los periódicos de la capital en 1880-1890, como «La Paz» y «El Diario de Murcia», no superaba los 3.000 ejemplares). Sólo a partir de 1950-1960 comenzarán a divulgarse los códigos de dichas clases sociales y a imitarse conscientemente sus costumbres: la televisión dio el último empujón al proceso. Pero como el retroceso de las tasas de analfabetismo se verificó en proporción inversa a la edad (A. Viñao), la mayor parte de la población adulta campesina ha pasado de la agrafía a los *mass media* sin solución de continuidad. A su vez, ello explica, según estudios recientes (A. Correa), que el nivel de fracaso escolar de la provincia de Murcia sólo sea superado por el de Castellón.

Sin embargo, una vez iniciada, la homogeneización cultural se está llevando a cabo a un ritmo más rápido que en cualquier otra región española, por razones obvias. Incluso los propios campesinos, para los que la modernización ha supuesto sustanciosas ventajas materiales —es la primera generación que no ha conocido el hambre—, no añoran los tiempos pasados y desconocen el romanticismo del «mundo que hemos perdido».

Debe hacerse constar que, pese a todo, existe una vertiente tradicional que resiste el paso del tiempo, tal vez por su carácter de manifestación interclasista. Se trata del sentido de la fiesta fundamental en la cultura murciana, que vive y reverdece a su ritmo. Las razones del fenómeno son múltiples: impregnación de la sociedad en su conjunto por los valores aristocráticos y, por ende, por el *ethos* del gasto de este grupo social; ansias de evasión de una vida cotidiana muy dura por parte de las clases populares; triunfo de la versión nacional del catolicismo en la contrarreforma y en el franquismo, etc.

Por otra parte, la fiesta como tal surge de la superposición de una serie de elementos, de cuya diversa dosificación depende su carácter. Entre ellos deben destacarse los relacionados con la antropología religiosa y el catolicismo, por un lado, y con la conciencia histórica y la socialización del grupo, por otro.

1º) La sensibilidad religiosa del campesinado ha estado íntimamente ligada en todas partes a una visión animista del universo: tal situación se ha visto prolongada en nuestra región porque el retraso en la alfabetización dificultó la conquista racional del mundo popular. De ahí el escalonamiento de festejos íntimamente ligado al ciclo vital de la naturaleza. Carnavales de Mula o del Cabezo de Torres; fiestas de Primavera en la capital; de la cosecha en el mes de agosto en casi todos los pueblos; de la ven-

dimia en Jumilla. También, el culto a ciertos lugares «santos» como fuentes (La Fuensanta) o montes: (La Santa de Totana, Santa Ana de Jumilla, el ermitorio de San Ginés de la Jara): tal es el origen remoto de santuarios que fueron cristianizados posteriormente y cuyos cultos se convirtieron en romerías. Por último, deben citarse las supersticiones de toda clase (el dios-pájaro de Mula, por ejemplo), tan conectadas con el elemento mágico-religioso, como tal vez, parte del *folklore* relacionado con el culto a las ánimas.

2º) Esta cristianización *a posteriori* se vio facilitada por la alianza tácita habida en el XVII entre las clases dominantes y las populares (G. Lemeunier). En vez de producirse una aculturación sistemática de estas últimas, como sucedió en Europa, la contrarreforma española se apoyó en la religión popular, tolerando las fiestas, los cultos paganizantes, etc. Sólo se defendió a ultranza el dogma, con la ayuda de la Inquisición, lo cual se vio facilitado en Murcia por la debilidad numérica de las clases medias urbanas hasta el XIX. De ahí el desarrollo del culto a las reliquias, a los santos y a las numerosas vírgenes, pero, sobre todo, el esplendor de los desfiles procesionales, verdadera *summa* de la religiosidad tradicional y del culto católico. En ellos se superponían recuerdos históricos, imágenes religiosas, elementos paganizantes y hasta delirios escenográficos, como en el caso de Lorca.

3º) La conciencia histórica regional aparece no sólo en ciertos aspectos de las procesiones, sino, sobre todo, en las fiestas de moros y cristianos —Caravaca, Abanilla— donde se mezclan de forma inextricable tradiciones históricas genuinas con *revival*. Algún historiador extranjero (M. Ferro) ha observado el importante papel que la fiesta desempeña en esta región respecto a la enseñanza de la historia.

4º) El factor de socialización presenta formas bastante complejas. Por ejemplo, la fiesta anual de los diversos patronos locales, que renueva periódicamente la cohesión del grupo humano básico en la formación social: hasta los emigrantes vuelven a sus respectivos lugares de origen para esa ocasión. A nivel más reducido, las cofradías (perdido su origen gremial) siguen constituyendo un elemento de cohesión para colectivos más pequeños, y en los núcleos rurales desprovistos de parroquia han desempeñado un papel importante. En otro orden de cosas, y mirando más al pasado que al presente, tuvieron mucha importancia en la región las serenatas periódicas, las *charivaris* o cencerradas, los «mayos» y las fiestas de «quintos», que afectaban sólo a ciertos grupos de

edad, por lo que fomentaban la sociabilidad generacional. A medida que avanza el XIX, este tipo de diversiones gozó de la enemiga de la burguesía bien pensante, que las consideraba peligrosas para el decoro y el buen orden.

El carácter angular asumido por la fiesta, que está en el corazón de la cultura murciana, se ha visto favorecido por la profunda huella dejada en la sensibilidad regional por el arte barroco y el rococó, cuya vocación escenográfica es bien conocida.

En efecto, el «gran siglo» de la cultura regional coincide *grasso modo* con el período 1650-1750, que es también el período de avance ultrarrápido del frente de roturaciones. Anteriormente, la literatura había estado poco desarrollada y el arte sólo lo estuvo en las zonas de colonización temprana —las Encomiendas santiaiguistas de Caravaca y Moratalla o Jumilla— y en la capital, donde triunfa un renacimiento purista y culto (el Maestro Quijano) y la escuela pictórica de Hernando de los Llanos. Pero desde las décadas centrales del XVII, el reino de Murcia conocerá una espléndida floración cultural tanto literaria (Polo de Medina, desarrollo de las justas poéticas, los copleros y los pliegos de cordel) como artística. En este último aspecto debe señalarse la conclusión de los dos templos más importantes de la región: la fachada de la Catedral (1739) y la de San Patricio de Lorca (1694), así como el trabajo de dinastías de «retableros» y canteros o de grandes pintores como Orrente, Mateo Gilarte, Villacís o Juan de Toledo. El período culmina con la obra de Salzillo y su escuela.

Este barroquismo, inicialmente salido de la cultura «sabia», cala en el alma popular de tal manera que seguirá reapareciendo periódicamente fuera de sus límites cronológicos habituales: construcción de decenas de iglesias parroquiales, encargo de imágenes procesionales «salzillescas», decorados festivos..., cuyo gusto se prolonga hasta el XIX. Tenemos así un barroco existencial que en lo sucesivo constituirá un componente fundamental del inconsciente cultural murciano y que acentúa la importancia de la fiesta.

La lentitud del aburguesamiento, iniciado a fines del XVIII y desarrollado en el XIX, explica el ritmo ralentizado de incorporación a la cultura contemporánea. No cabe duda que en ello influyó la formación de las clases dominantes, más literaria que científica, y aun así, poco abierta a las novedades. El hecho se evidencia en el contenido de sus bibliotecas (inventarios *post-mortem*) y en las campañas desencadenadas periódicamente contra los ciclos de conferencias sobre temas «avanzados» que tenían

lugar en los Ateneos o en ciertas sociedades como «El Liceo» de la capital. Si añadimos a esta circunstancia la gravedad de los problemas económicos atravesados por la región hasta 1920-1930, no puede sorprendernos la escasa renovación urbanística de las ciudades y la débil penetración del modernismo arquitectónico, salvo en zonas más ricas y dinámicas como Cartagena-La Unión. En el terreno de la creación individual es también perceptible la dificultad que experimentaron los artistas para desprenderse de tradiciones anteriores y de la línea figurativa, abriéndose resueltamente a los nuevos estilos. Pese al buen hacer de ciertos pintores del pasado siglo (Hernández Amores, Valdivieso, Pascual y Valls, A. Seyquer) o de escultores de éste (Gonzalez Moreno, J. Planes), la renovación artística ha sido lenta y trabajosa.

Otro tanto ha sucedido con la literatura. A fines del XIX apareció en la capital un conato de costumbrismo inspirado en la vida y carácter de los habitantes de la huerta del Segura, aunque idealizando ambos con el fin de satisfacer los gustos del público urbano (Frutos Baeza, Díaz Cassou, Martínez Tornel, etc.). Esta tendencia corresponde al auge nacional de la literatura regionalista y utiliza el «habla» especial de los huertanos —el «panocho»— al servicio de un lirismo paisajista más o menos afortunado (Jara Carrillo), una moral conformista y un idealismo deformante. Sólo Vicente Medina logró escapar a estas limitaciones tanto por su profunda vena poética como por su realismo tierno y comprensivo. Habrá que esperar al siglo XX para que empiecen a aparecer también aquí intentos renovadores, como la serie de revistas surgidas en torno a la generación del 27. Pero es sólo después de 1940 cuando sale a la luz la obra de los dos mejores prosistas murcianos de este siglo: Castillo Puche y M. Espinosa.

Esta trabajosa modernización revela también los limitados horizontes culturales de las nuevas clases medias murcianas. Carentes de tradiciones propiamente «burguesas» y de desahogo económico, su *weltenschaung* se ha movido entre dos polos opuestos:

- El intento de adaptación a la praxis cotidiana de los valores aristocráticos, evidenciado en el papel central conservado por la fiesta. O, en otro orden de cosas, por el tipo de lenguaje empleado en la redacción de los estatutos de casinos decimonónicos. —el de la capital es de antología— y la persistencia de ciertos hábitos en la vida de relación.

— El rechazo de los aspectos más genuinos de la cultura popular y su posterior deformación idealista. Es el caso, ya citado, de la leyenda de la rosa huertana, incorporada a la vida nacional a través de la zarzuela.

El paralelogramo de fuerzas así constituido produjo como resultante un ambiente cultural conservador, alicorto y difícilmente penetrable —como se ha visto— por las modas intelectuales. De por sí, las burguesías europeas han estado peor dotadas a nivel de sensibilidad estética que la aristocracia y, paradójicamente, que las clases populares: no hace mucho tiempo, un historiador francés (A. Meyer) ironizaba sobre su fisonomía de «nuevos ricos» a lo largo del XIX. Este fenómeno de carácter general hubo de verse agravado en Murcia por la repetidamente señalada endeblez económica y numérica del colectivo.

De ahí la aceptación de que aún disfrutan Salzillo y sus epígonos, y la pervivencia de un barroquismo difuso generador de fenómenos increíbles de *Kitsch*. Pero lo más grave ha sido la falta de exigencia hacia las instituciones culturales, a las que se atribuía exclusivamente una misión de adorno. El ejemplo más claro lo constituye la propia Universidad, cuya versión actual es muy tardía (1916), ya que no cuajaron los dos intentos llevados a cabo en el XIX. Hasta fechas muy recientes, su peso en la vida regional ha sido mínimo y no ha recibido de la sociedad a la que pertenecía ni los medios ni la atención que hubiera requerido. De ahí, también, la falta de estímulos procedentes de ella: la simbiosis, pues, ha funcionado negativamente.

Pero a partir de la década 1950-1960, el ritmo de evolución se ha acelerado de forma apreciable también en este aspecto. Pese a inercias institucionales y a la supervivencia de ciertos mitos paralizantes, la región parece orientarse decididamente hacia la renovación y el progreso: la concesión del Nadal-83 a un murciano, Salvador Jiménez, constituye todo un símbolo. Más importante que la brillante excepción individual, la vida universitaria y las manifestaciones creativas muestran un dinamismo incipiente. Los antiguos «abogados por Murcia, médicos por Cádiz...», etc. cuentan hoy con una de las más acreditadas Facultades de Derecho del país; en las exposiciones y muestras de arte tienen cabida todos los estilos; hay una brillante generación de poetas y narradores noveles... Es muy posible que la vitalidad de una formación social joven y de estructuras flexibles permita un tránsito rápido desde un presente todavía con luces y sombras a un futuro esperanzador.